

VIDA BENEDICTINA Y SOCIEDAD MODERNA⁷

Es muy probable que la Iglesia y, juntamente con ella, el monacato cristiano, tengan que coexistir, en los próximos siglos, con una sociedad humana industrializada en proporciones crecientes. Esta sociedad ha de dar una especial importancia, en sus organizaciones, a todo lo material; ha de controlar todas las posibles relaciones, y ha de provocar el aislamiento de sus miembros. El hombre vivirá, aún más, en formas sociales derivadas (secundarias), deberá enfrentarse con un pluralismo de sistemas de valores, y será víctima de una inestabilidad creciente. Su alejamiento de toda ideología irá en aumento, mientras que su sensibilidad moral se embotará, y le será cada vez más difícil, en un clima técnico, llegar a establecer relaciones con un Dios que obra.

En esta situación ¿será posible vivir de acuerdo a los consejos evangélicos, siguiéndolos como hasta ahora? ¿Será el ideal benedictino lo suficientemente elástico como para ser capaz de acoger y formar a este “hombre nuevo”, o tendrá que quebrarse por no poder resistir esta tensión y esta falta de proporción?

La “pia opinio” tradicional de que la Orden de San Benito perdurará hasta el fin del mundo, en estas circunstancias, poco nos consuela. La Iglesia ha recibido la promesa de que permanecerá hasta que el Señor venga, pero esto no puede aplicarse a la vida cristiana de una raza o de un continente y menos aún a un modo de vida religiosa ligado a una época determinada, como lo es una Orden. La historia demuestra que las órdenes pueden desaparecer, como es el caso, por ejemplo, de la Orden de los Templarios, de la de los Caballeros Hospitalarios de San Juan, de la de los Padres Jerónimos, etc. Por eso no hay que argumentar por este camino.

Pero sobre todo, ¿debe la orden monástica pretender existir al margen de la sociedad industrial? Quien lo afirme tendrá que construir un *ghetto*, una especie de parque nacional sociológico para que el hombre del futuro pueda contemplar en él, con curiosidad, a los monjes, como extraños seres de una época pretérita, o como animales exóticos. Esto significaría que están destinados a desaparecer, como los indios y los bisontes de América del Norte. No, coexistir enrollándose como un erizo, no es una solución. El ideal monástico, si quiere perdurar, debe materializarse, debe encarnarse en esta nueva sociedad e influenciar sus estructuras de un modo tal que pueda asimilarlas. ¿Qué presupuestos, qué miras, qué caminos se vislumbran aquí?

I. *Presupuestos necesarios*

Estos deben ser delimitados y ponderados en forma de tesis. Ante todo suponen un claro discernimiento de los elementos inalienables e inseparables del monacato y de disposición fundamental del hombre nuevo para adaptarse a ellos.

a) El estado de vida religioso, en su sustancia evangélico, es parte integral y necesaria de la verdadera Iglesia. Debe siempre existir en ella este perfecto testimonio de la imitación de Cristo en fe, esperanza y caridad. Los religiosos tienen que hacer palpable en la Iglesia, la vigilancia y la esperanza escatológicas.

Como en el banquete sacrificial se cumple el “gran acontecimiento de la Iglesia” en la más grande densidad sacramental, así este acontecimiento debe manifestarse en la más intensa densidad social, en una “*communio sanctorum*” monástica, “hasta que el Señor venga”.

⁷ Tomado de *Erbe und Auftrag* 39 (1963), pp. 308-316. Traducido por: Suitberto Reimann, osb, Abadía Ssma. Trinidad de Las Condes. Santiago de Chile.

b) Al comenzar describíamos los nuevos moldes en los cuales será fundido el hombre nuevo en el “alto horno social” de los tiempos futuros. Estos moldes no van a desnaturalizar al hombre en su esencia, sino que van a proporcionarlo a la totalidad de una humanidad unificada. Por eso hallaremos en este hombre, también en lo sucesivo, una “potencia oboedientialis” para la vida cristiana “in statu perfectionis in genere”. Si esto responde también a lo específicamente benedictino, es algo que todavía hay que probar.

c) El modo con que, en cada caso, el monacato crea determinadas formas de expresión, o asimila cuadros sociales existentes, está condicionado por la historia, y por eso es variable. Cada orden es originariamente un movimiento carismático que ha nacido de una llamada y de una iluminación provenientes del Espíritu Santo, al mismo tiempo que de una necesidad de la Iglesia. Siendo el movimiento inicialmente ofensivo-dinámico, ha de ser luego encerrado dentro de límites jurídicos y domesticado, con lo cual se volverá defensivo-estático e institucionalmente fijo. Esto no significa una apostasía, sino que es una necesidad social, con tal que no se sofoque el espíritu. Queda aún por saber si un odre viejo es capaz de recibir vino nuevo, y si una orden antigua puede renovarse carismáticamente. La historia de la orden benedictina permite una respuesta afirmativa.

d) Tiene que darse una delimitación clara entre las partes substanciales y las partes accidentales de la vida benedictina. Sin embargo, es difícil determinar estas partes taxativamente: disecando, se corre el riesgo de que la vida huya rápidamente del organismo.

M. Wolter enumera siete principales elementos de la vida benedictina: “Vivir conventualmente en el monasterio; -Realizar todos los días en el coro la Obra de Dios; -Abrazar la vida común o pobreza; -La disciplina monástica de la mortificación; -El trabajo realizado en la obediencia; - Las obras de caridad; -El régimen del monasterio”⁸.

Según Dom d’Huillier, la esencia del monje consiste “en tender a la perfección por la oración, por la triple renuncia sellada por votos perpetuos, por la mortificación, por el trabajo; y todo esto realizado bajo la obediencia”⁹.

En Butler¹⁰ la esencia de lo benedictino, aparece en la misma familia monástica independiente. Esta, cuida con perseverancia el buen espíritu de la casa, no deja borrar sus rasgos específicos por una nivelación innecesaria, y alimenta constantemente el impulso vital que le es inherente a cada casa, hacia una autorenovación orgánica.

St. Hilpisch cree que lo propio del monje es “estar ante Dios en el servicio de su alabanza, la renuncia al mundo, la pureza de corazón, la salmodia; la vida de comunidad fraterna, y el ligarse con el monasterio para toda la vida. Todo esto bajo la dirección de un padre espiritual, del abad”¹¹.

H. Lang formula: “Vive y ora como un benedictino quien siempre se considera como miembro del Cuerpo de Cristo, y, por el cuidado de su propia alma, quiere contribuir con ese aporte suyo a la plenitud de vida y a la hermosura de la comunidad mística del monasterio”¹².

La asamblea de los maestros de novicios franceses OSB y OSO, reunida en 1954; declara sobre este punto: “Los principios de un retorno a las fuentes parecen ser los siguientes: Separación del mundo, gran simplicidad de vida, verdadera pobreza personal y común, trabajo manual, y

⁸ WOLTER, Maurus, *Praecipua ordinis monastici elementa*, Brugis, Desclee 1880, *Index rerum*.

⁹ D’HUILIER-WOLFSTEINER, *Die Regel des hl. Benediktus*, Freiburg i. Br. 1907, pp. 12 y ss.

¹⁰ BUTLER, C., *Benediktinisches Mönchtum*, St. Ottilien 1929, pp. 208 y ss.

¹¹ HILPISCH, St., *Das Benediktinertum im Wandel der Zeiten*, St. Ottilien 1950, p. 98.

¹² LANG, Hugo, *Gibt es einen benediktinischen Weg der Gottvereinigung?*, *Ben. Monatschrift XXX* (1954) Cuad. 5/6, p. 202 y ss.

subordinación de todo a la vida de oración”. O en forma de una descripción: “La vida monástica es la vida cristiana que está dedicada a la búsqueda exclusiva de Dios, a la que el cristiano tiende en una comunidad y separado del mundo. El monje busca ese fin bajo la autoridad del abad, por el *Opus Dei*, por la lectura espiritual y por el trabajo manual”¹³.

e) En general, las opiniones arriba mencionadas son, sin duda, correctas, pero están orientadas unilateralmente: son retrospectivas “ad fontes, ad tradita”. Pero una renovación no sólo debe tener presente una re-forma (un retorno a lo que fue antes), sino igualmente debe tener presente una pre-forma (es decir una preparación previsor de lo que será). Una vista de conjunto de todo lo arriba citado como herencia benedictina supratemporal, deja ya adivinar la elasticidad y envergadura espiritual de la regla benedictina, cuyas energías espirituales siempre pueden descargarse entre dos polos, a saber, entre el de la fidelidad a las estructuras originales, y el de la preparación audaz para una implantación futura en un medio nuevo.

Para que esto pueda darse, es necesario mostrar dónde la “ratio benedictina” encuentra puntos de contacto con el tipo nuevo del hombre industrial que le permitan encarnarse o asimilar, condiciones sociales existentes, y qué posibilidades existen para esto.

II. Puntos de partida y posibilidades

Considerando las opiniones citadas en I.d), se deduce que son esenciales a la vida benedictina los siguientes fundamentos:

- a) La sincera búsqueda de Dios antes que cualquier fin particular.
- b) La vida en una comunidad de tipo familiar.
- c) La celebración litúrgica y la unión personal con Dios.
- d) El testimonio fidedigno gracias a la primacía de los consejos evangélicos.
- e) El trabajo serio, ya sea que responda al estado sacerdotal o laical.

Nos atreveremos ahora a mostrar, como en un negativo, qué disposiciones sociales del tipo humano industrial pueden ser informadas, es decir sanadas, por aquellos cinco principios esenciales monásticos.

Estas disposiciones deben proporcionar la idea supratemporal para el edificio monástico del futuro, que, a su vez, tomará del clima social y espiritual monástico, la expresión constructiva, el material, el proceso de la construcción, y su instalación.

- a) La sincera búsqueda de Dios antes que cualquier fin particular.

El que hoy se hace monje lo hace sólo por Dios (“*soli Deo placere cupiens*”), no para tener una vida asegurada o para gozar de aprecio, ni para llegar a ser un investigador, un profesor o un pastor de almas. Una mentalidad calculadora sería tachada de inauténtica.

El hombre padece, encerrado en su círculo de relaciones puramente intramundanas; sufre por sus intereses y experiencias meramente terrestres que lo satisfacen sólo temporalmente, y no busca al Dios transcendente. Pero si alguna vez ha podido salir de este círculo, anhelará un centro que, como un imán, atraiga todas sus tendencias, un centro que sea lo que más aprecia, que sea como el verdadero fin de toda su vida, que lo defienda contra el pluralismo que lo está dominando y contra su propia inseguridad. El hombre de hoy y de mañana siente su inestabilidad general, no sólo como una ventaja sino también como un peligro; no quiere ser un vagabundo, y busca su seguridad y su reposo, en algo estable, en algo firme, y a menudo, aunque no lo confiese, en el mismo Dios inmutable.

¹³ MINARD-WIDEMANN, *Monastische Erneuerung, Erbe und Auftrag*, 38, cuad. 5, pp. 384 y ss.

El progreso técnico ha reducido la necesidad de que Dios llene los vacíos de la incapacidad humana. Es verdad que nosotros, por esta razón, tenemos menos ocasiones de aprehender la transparencia de Dios en las cosas; pero en cambio, nuestra imagen de Dios está más purificada y es menos antropomórfica. Si esta imagen de Dios logra hacernos reflexionar y nos permite tomar conciencia de la distancia que media entre nosotros y el mundo, nosotros, hombres modernos, descubriremos justamente en el “quaerere Deum” la gran pasión de nuestra vida.

b) La vida en una comunidad de tipo familiar. En lugar de una relación de fraternidad y solidaridad verdaderamente humana, hoy domina una relación teleológico-racional; el control de las relaciones entre los hombres ha secado la espontaneidad social y ha provocado el aislamiento. Se está manifestando una nueva sensibilidad por cuadros sociales derivados (secundarios), o grupos informales. Los hombres están cansados de construcciones sociales gigantescas y de su aparato que unifica todo (organización centralizada); la tendencia es alejarse de lo colectivo hacia el pequeño grupo que goza de una fuerte cohesión entre sus miembros, cada uno de los cuales quiere estar firme y sentirse seguro.

La vida monástica sugiere justamente esto: una familia de hermanos alrededor de su abad, y no un cuartel o un gran establecimiento.

Hay que hacer notar también, el sentido cristiano de la igualdad de todos los miembros; el derecho de prioridad depende de la fecha de su profesión, sin considerar otras razones. Las murallas construidas con las ideas ya caducas de clase y de casta se desplomarán.

Para que exista espíritu de solidaridad en un monasterio es necesario también una organización de trabajo: - Convicciones comunes (*Regla* y tradición de la casa); - armonía en todo lo que se realiza (*Vita, oratio, labor communis*); - control (dirección de los superiores); - estructura orgánica (subsidiaridad en la división de la responsabilidad). Hay también que hacer notar el hecho de que la población rural ha bajado en los últimos ciento cincuenta años del 80 al 20 por ciento del total de los habitantes, y que una urbanización explosiva está en marcha. Este hecho ha determinado que los monjes ya no procedan de los mismos niveles sociales que antaño, lo cual tiene que ser considerado para la creación del clima interior, para la selección del lugar, para elegir el modo de trabajar y para determinar las relaciones con el mundo exterior. Una investigación sobre los motivos y los métodos de propaganda vocacional sugiere muchos cambios de orientación en la conducción de los novicios: más autenticidad y menos preservación; una propaganda indirecta realizada por un testimonio vivo, en lugar de una propaganda directa e inoportuna; no rebajar el ideal para hacerlo más fácil, sino apelar al heroísmo y a la generosidad de la juventud.

c) Celebración litúrgica y unión personal con Dios.

Nuestros contemporáneos están cercados por un modo de pensar puramente utilitario que estima cada realización en proporción a la medida de su éxito, y cada intervención según su eficacia, Pero aquí un modo de pensar meramente teleológico tiene que fracasar: es necesaria una gran dosis de espíritu de fe para no reducir el “Opus Dei, qui nihil praeponatur” por causa de cualquier actividad apostólica.

El principio de nuestro santo fundador debe librarnos de una estrechez utilitarista, y orientar los valores desviados por la “herejía de la acción”. Es verdad que la estructura del Oficio debe hacer concesiones a la limitada capacidad de concentración de quienes desde su infancia, han sido inundados de sensaciones, y no han formado sus categorías en la experiencia de una naturaleza aún cercana a Dios, sino de una técnica que surge enfermiza.

Los monasterios deben ser aulas de experimentación de un valiente progreso litúrgico. En ellos se debería poder planear y ensayar en qué “embalaje” el hombre de la edad industrial recibe

mejor el contenido de salvación de los acontecimientos divinos. Ya no es suficiente revisar manuscritos para saber cómo se realizaba la liturgia en el siglo VI, es necesario saber cómo debe realizarse en el siglo XXI, para mayor gloria de Dios y para mayor provecho espiritual de los cristianos.

Una función importante de nuestra Orden fue la actividad litúrgica creadora. Desgraciadamente ésta se ha reducido demasiado a una mera reproducción de ceremonias “sacrosantos”. Pero si se investiga la técnica del mercado, se ve que no se debe reproducir siempre la misma cosa, sino adaptar la producción lo más posible al gusto de los consumidores, si no se quiere perder el mercado. Ciertamente esta comparación con las formas de la liturgia es atrevida, pero a pesar de lo exagerado, la comparación es correcta, y podría servir como una hipótesis de trabajo para juzgar algunas costumbres de la vida diaria monástica.

Al lado de la “liturgia objetiva” no se debe pasar por alto la piedad más “subjetiva” y la unión con Dios. El éxito de las sectas y de los “movimientos de despertar” en nuestra sociedad masificada indica claramente la existencia de auténticos deseos de una oración personal y de una experiencia religiosa, tal como aparecen en la Regla al hablar de la visita al oratorio: “Simpliciter intret et oret...!”. El hombre moderno es más piadoso de lo que él mismo cree; él desea tener una escuela de oración y ser capaz de vivir en la presencia de Dios.

d) Testimonio fidedigno, gracias a la elección de los consejos evangélicos

Un problema acuciante del siglo del progreso es el siguiente: “La tendencia de consumir, que surge en nombre de la necesidad económica y de la presión sociológica, ¿puede todavía ser dirigida por normas éticas que encuentren resonancia en la conciencia del hombre moderno y lo conduzcan hacia la transparencia del campo espiritual, por encima de la presión de un marco materialista?”¹⁴.

Nadie pone en duda que solamente un proteccionismo es capaz de ordenar el deseo vehemente de los hombres por un consumo que no cesa de crecer. Esta es una tarea de las instituciones democráticas, del control familiar, y, sobre todo, de la “ascesis del consumo”. Justamente esta última llega a ser una cuestión de fe para quien quiera realizar íntegramente su cristianismo. Para que esta mentalidad tenga cada vez más vigor, se necesitan ejemplos vivos de no-conformismo frente a la avidez general de consumo, el ejemplo de aquellos que salvaguardan su esfera social, personal y de relaciones con Dios, y llegan, por su ascesis, a ser más libres de la vigorosa presión externa. Esta ascesis, realizada bajo la forma de los tres consejos evangélicos, es entendida, cada vez más, como imagen-guía ideal y típica, incluso por la sociedad industrial, y además, juntamente con su finalidad primariamente religiosa, se le reconoce una importancia sociológica: El estado de vida de los consejos pone ante los ojos de la sociedad un control decisivo sobre la atracción de las cosas materiales, sobre el desenfrenado instinto sexual, y sobre el terrible ejercicio del poder.

Es verdad que el hombre de hoy necesita antenas sensibles para captar el mensaje de esos ideales. Por otro lado, también es necesario que los hombres que viven en el estado de los consejos evangélicos no se hayan aislado, de una determinada sociedad, enquistándose en su estructura sociológica, de tal manera, que no se pueda descubrir en ellos un mensaje, sino sólo una reliquia de una cultura pasada. Es decir, el monje debe dar un testimonio fidedigno de la primacía del estado de consejos evangélicos, por un cumplimiento perfecto de la ley de Cristo por medio de la triple renuncia. El mundo moderno espera esta prueba de libertad perfecta, de amor y de renuncia, y hace depender de ella la esperanza de su propia salud.

El voto de pobreza no es sólo una barrera para cada monje en particular, sino que pone también

¹⁴ SCHASCHING, Joh., *Kirche und industrielle Gesellschaft*, Herder, Wien 1960, p. 102. Esta obra nos sirvió de base para este trabajo.

límites a una acumulación de bienes del monasterio. La pasión por el lucro no debe introducir en el monasterio el “malum avaritiae”, como dice el capítulo 57 de la *Regla*. La dificultad para creer en este voto se puede aumentar también conventualmente “pro iis, qui foris sunt”, por un afán costoso de querer modernizar todo, y por una grandiosidad lujosa. Aquí vale lo que dice san Pablo sobre el escándalo en *1 Co 8,9* y s., “a fin de que la Iglesia de Cristo no sea vilipendiada”. Sobre los bienes del monasterio yace una hipoteca misionera que solamente se puede levantar mediante sacrificios tangibles en pro de obras apostólicas y caritativas.

El voto de castidad adquiere un nuevo acento en un tiempo en el que la fecundidad matrimonial carga sobre los hombres las “tribulationes carnis”, y en los que se pone en relieve la dignidad del sacramento del matrimonio. La mejor refutación del error que afirma que sólo el hombre casado puede alcanzar la plenitud de su ser, es la comunidad de los monjes, que hace visible al mundo con sus obras un amor ardiente a Dios y un amor profundo al prójimo. La salvaguarda del amor fraterno es, según el prólogo de nuestra *Regla*, el criterio de todas las medidas que se toman en el monasterio. Una atmósfera fría y de carácter oficial apenas facilitará una sublimación del sexo y del amor hacia la caridad. Los hombres del mundo tienen una visión crítica de todo lo que, en este tema, se asemeja a una compensación. Pero si el celibato lo lleva al monje a un amor más grande, más desinteresado y más humilde, de modo que Cristo resulte transparente en él, entonces este celibato será aceptado y valorado como signo de un llamado de Dios.

El voto de obediencia y el modo como hoy se lo interpreta, son de especial importancia. En una fábrica moderna se atrofia toda responsabilidad, porque todo está planificado. La aspiración por una actividad vital crece día a día frente a la mecanización, y el deseo de ser tratado como a una persona, frente al control de registros, se anhela el retorno de la responsabilidad personal, y cada individuo quiere ser considerado como un caso particular, no como un número. Aquí se les abre a los superiores religiosos una gran oportunidad, si atienden a estas disposiciones. Nadie espera seriamente que se haga desaparecer de la obediencia el “signum crucis salutiferum”, pero es bueno para todos cuidar las relaciones humanas: la llamada a la conciencia personal, a la comprensión y madurez, a la responsabilidad para con la comunidad, a la disposición para trabajar en equipo y para la solidaridad. A veces una confianza generosa consigue una dedicación mayor que una vigilancia de miras estrechas.

La práctica de la subsidiaridad que delega competencias auténticas, incita a un verdadero compromiso y despierta en el monje iniciativas que el superior no debe estrangular sino fomentar y dirigir; “Obedientia acceptabilis Deo et dulcis hominibus!”.

e) Trabajo serio que responda al estado sacerdotal o laical.

El *homo faber* del siglo industrial¹⁵ abraza el trabajo (= industrial) con un calor casi religioso como algo que forma parte de él mismo, en el cual y por el cual él realiza su ser. Él ve en la categoría del trabajo, el taller donde se forja el hombre nuevo; es en el trabajo donde se enciende su fe en el progreso; es en el trabajo donde se siente como un demiurgo de dimensión planetaria. En esta mentalidad está ciertamente durmiendo el peligro de la *Hibris prometea*, pero igualmente late una disposición propicia para que se manifieste la semejanza del hombre con Dios, como “socius Creatoris”.

El *ethos* monástico del trabajo debe encarnarse en esta estructura del “homo industrialis”, y por eso el monje debe dirigirlo al “Padre que hoy como siempre está obrando” (*Jn 5,17*); y que nos dio en el paraíso el encargo de trabajarlo; del mismo modo debe dirigirlo al “Filius fabri”, a quien el monje anhela seguir.

¹⁵ Véase para lo que sigue: RAHNER, Karl, *Unterwegs zum “neuen Menschen”*, *Wort und Wahrheit* 16 (1961) cuad. 12 (Dez.), pp. 807 y ss.

La complejidad de los tipos de trabajos es múltiple, como lo son los numerosos registros de un órgano, cada uno de los cuales tiene que contribuir a su manera a la armonía del himno de la creación. También cada monasterio, cada monje, tiene que encontrar su registro, con el cual honre a Dios, corresponda a las esperanzas de la Iglesia, justifique el tiempo gastado, y contribuya a la perfección natural y sobrenatural de sí mismo. La íntima compenetración del “ora” con el “labora” de los monjes, será quien cure las dos enfermedades modernas del trabajo: el trabajar puramente para ganar dinero (“cada movimiento de un dedo debe ser pagado”, y la *acedia*, repugnancia y fastidio por causa de la monotonía diaria). De este modo se pone en práctica la aceptación humilde de la condición de criatura que corrige la fe entusiasta en el progreso terrestre, y la sublima hacia la esperanza de la perfección sobrenatural.

¿Cómo debe ser el trabajo del monje? La respuesta necesita una amplitud que abarque la anchura del ideal benedictino: en el “Corpus monasticum universale” hay muchos miembros con servicios muy diferentes que, por su parte, exigen una proporción entre “*contemplatio* - fuga del mundo” y “*actio* - servicio del mundo”. Cada monasterio, cada congregación tiene su don propio de Dios, “quién de una manera, quién de otra” (1 Co 7,7), como llamada de Dios hecha una sola vez, para la propia tarea: trabajo manual, investigación, ejercicios espirituales, ayuda a las parroquias los domingos, enseñanza y educación, y hasta cura de almas y misiones en países de infieles. Cada uno tiene que admitir la otra manera de realizar la vida monástica, y ambas tendencias tienen que cuidarse de excesos y defectos. Pero porque en la fase actual “revolucionaria” de la Iglesia, uno debe atreverse a hacer lo que más pueda, será casi imposible y a un monasterio de sacerdotes hallar razones realmente irrefutables para abstenerse totalmente de una acción pastoral. Hay también una práctica “*frustratio sacramenti Ordinis*”, cuando la “*dispensatio mysteriorum Dei*” al pueblo cristiano apenas es visible exteriormente. Por otro lado, es igualmente inauténtico reducir algunos de los cinco mencionados principios esenciales del monje a una mera ficción jurídica? perqué el Molde de la “*actio*” los ha devorado. Es difícil decir cuántos cabellos de la cabeza deben faltar para que uno sea calvo. Del mismo modo existirá siempre el problema de fronteras, especialmente en la sociedad pluralista de hoy y de mañana, con la que los monasterios tienen que entrar en una simbiosis, sin olvidar el “*non estis de hoc mundo*” (Jn 15,19).

III. *Riesgos del camino*

También el monje está “*in statu viae, nondum in patria*”. Su estabilidad bien entendida puede curar la enfermiza inestabilidad moderna, que solamente se enamora de lo nuevo porque es nuevo, justamente porque está de moda. Pero también puede haber una estabilidad de mentalidad mal entendida que degenera en esclerosis y en incapacidad de moverse. Esta se opone fuertemente a la realidad que está acercándose, en lugar de acoplarla lo más posible para sí, y en consecuencia, debe ir atrás de ella.

La Iglesia de los últimos 150 años no ha alcanzado completamente a ubicarse con referencia a muchos problemas de la vida religiosa, a causa de una estrategia de autodefensa y de conservación. Este atraso en el cumplimiento de viejas tareas es un lastre para poder dominar la situación actual. Per ejemplo ¿podrá el camino de san Benito hacernos llegar a la tierra prometida, a la Jerusalén celestial, conduciéndonos a nosotros, los niños del siglo industrial, por las calles de asfalto de los desiertos de las ciudades, a través del mar Rojo de olas de seducción, junto al becerro de oro del gran consumo?

Nuestro fundador está en marcha desde hace ya casi milenio y medio. Él comenzó primero la marcha yendo de Roma a Enfide, y de allí a la soledad de Subiaco; y después del fracaso de Vicovaro y de instalar la vida cenobítica en el mismo Subiaco, yéndose finalmente a Montecasino. En la historia de su Orden, prosiguió la marcha: del recinto cerrado de Italia salió hacia la misión inglesa y, más adelante, hacia la evangelización de Europa continental; de Cluny y de Cîteaux pasó a las reformas del siglo XV, y luego a las congregaciones post-tridentinas. En

1800 fue declarado muerto, pero de nuevo prosigue su camino recogiendo a su paso, hasta el día de hoy y un número creciente de hijos de todos los continentes, culturas y razas.

Si Dios quiere conservar encendido, o avivar de nuevo en los herederos de este itinerante, aquel carisma del espíritu al que el Padre del monacato occidental ha servido, entonces la vida benedictina logrará sus fines en el ambiente de la sociedad moderna de masas, con la misma vitalidad como lo hizo en el clima de la *Civitas* Romana, del feudalismo germánico, del Sacro imperio, del barroco de la post-reforma, y hasta el fin de la edad moderna.

¡Pero aquellos que llevan las antorchas deben vigilar, y aquellos que los siguen deben estar listos, para que nadie duerma a la hora de la llamada!

*Erzabtei St. Martin zu Beuron
Abteistraße 2,
D-88631 Beuron
Alemania*